

Valladolid.

EL PUENTE MAYOR,

(NARRACIÓN)

original de

Antonio Martínez Viergol.



VALLADOLID:

Establecimiento tipográfico de H. de J. Pastor

Libertad, núms. 13 y 18.

1892.

G-F 14144



VALLADOLID.

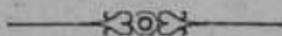


EL PUENTE MAYOR,

NARRACION)

ORIGINAL DE

Antonio Martínez Viergol.



VALLADOLID:

Establecimiento tipográfico de H. de J. Pastor

Libertad, nums. 13 y 18.

1892.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF CHARLES THE FIRST

BY JOHN BURNET

IN TWO VOLUMES

LONDON, Printed by J. Sturges, at the Black-Swan in St. Dunstons Church-yard, in the Year 1724.

Vol. I.

ADVERTENCIA.

ANTES lector, que pases adelante
hacerte una advertencia es mi deseo;
nada hermoso hallarás, todo es muy feo,
lo dice el mismo autor y es lo bastante.
Y tú, crítico ilustre ó petulante
á quien cual buitre carnicero veo
buscar desde la altura un Prometeo
en quien clavar tus garras, anhelante;
no prostituyas tu ingeniosa pluma
en obra que ni crítica merece,
aire el asunto, la cubierta espuma,
burbuja al fin que brota y desaparece;
que luchar con el débil y humillarle
no es vencerle jamás, es ensalzarle.

El Autor.

MEMORIAL

OF THE

PROGRESS OF THE

INDIAN TRADE

IN THE

WESTERN STATES

FROM 1763 TO 1800

BY

WILLIAM B. EDDY

OF THE

OFFICE OF THE

INDIAN AFFAIRS

¡VALLADOLID!



PRECIADA joya de España
cuya antigua fundación
envuelve la tradición
en obscuridad extraña.
Ciudad cuyas plantas baña
del Pisuerga la corriente
y en cuyo suelo, igualmente
hallaron dulce acomodo,
el salvaje visigodo
y el agareno indolente.

Jamás defendió tu honor
muro que el hombre levanta
y, si alguna vez la planta
te oprimió del invasor,
supo alcanzar tu valor
caractéres sobrehumanos,
porque tus hijos ufanos
triunfaron en inil batallas,
pues no hacen falta murallas
donde hay pechos castellanos.

De tu escudo y tus blasones
nada de cierto se sabe;
mas ninguna duda cabe
que hubiste grandes acciones.
Sangre tiñe tus pendones
derramada en la victoria.
¿Para qué busca más gloria
tu natural ambición,
ni á qué quieres más blasón
que tu honor y que tu historia?

Cuna de las libertades
en tus fértiles llanuras
corrieron sus aventuras
aquellas Comunidades
que, á través de las Edades,
grato recuerdo han dejado
de los héroes que han luchado
por los fueros de Castilla,
de Juan Bravo, de Padilla,
de Lanuza y Maldonado.

De tu gratitud, señales
muestran á quien lo examina
de María de Molina
los fríos restos mortales,
y mil urnas funerales
que á mil cuerpos dan abrigo
son el más fuerte testigo
para dar á comprender
que has sabido agradecer
el bien que han hecho contigo.

La ciencia, esa gran verdad,
como las verdades dura,
que no tiene más figura
que el cálculo y la unidad,
que el honor, la caridad,
todo lleva al formulismo
y en su frío escepticismo
que al hombre ignorante espanta,
posa su segura planta
en el trono de Dios mismo.

Halló en ti hospitalidad,
franca y desinteresada
y dió en su larga jornada
brillo á tu Universidad
y eso que, á decir verdad,
la religiosa creencia
sujetó la inteligencia
con el dique de la fé
que el primer motivo fué
del atraso de la ciencia.

De los siglos al pasar
en tí el arte tuvo parte
y no hay sitio donde el arte
no se pueda venerar;
aquí un templo, allí un altar,
más allá de un torreón
la vetusta construcción
en el aire desaparece
y el mudo espectro parece
de una civilización.

En tus calles tortuosas
y estrechas encrucijadas
se libraron á estocadas
mil empresas amorosas
y en tus justas fastuosas
y en tus famosos torneos,
con esfuerzos giganteos
que mi memoria no abarca,
disputó más de un monarca
su corona y sus trofeos.

En tu llanura feraz
que el sol esplendente baña
sin que turbe una montaña
la tersura de su faz
puso Dios para solaz
de tus hijos y riqueza,
en su celestial largueza
tal vejetación, tal vida,
que no hay tierra que se mida
con la tuya en fertiliza.

Y para dar colorido
á este cuadro de poesía
que al corazón dá alegría
y lega el dolo al olvido,
son las Diosas de este Egido,
las castellanas, hermosas,
como las pintadas rosas
que esmaltan tu estenso valle,
con una cara y un talle
y unos ojos y..... unas cosas.....

¡Valladolid! tu memoria,
que es de nobleza tesoro,
grabada está en letras de oro
en el libro de la historia.
Y tu gigantesca gloria,
admiración del humano,
en vano, querrán, en vano
necios alardes hollar,
porque la sabréis guardar,
mientras quede un castellano.



EL PUENTE MAYOR.

—
(NARRACIÓN)
—

I

TIEMPO hace por vida mia
que esta narración oí
y aun su recuerdo está en mi
lo mismo que el primer día.

—
Vale Dios que no es mi intento
darla de historia el color;
ahí te la cuento, lector,
porque la tomes á cuento.

—

Uno de tantos será
como andan de boca en boca
de una imaginación loca
el raro aborto quizá.

—

Mas, si no te gusta, yo
no tengo la culpa de eso;
sufra de tu juicio el peso,
el que á mi me la contó.

—

¡Hace ya tiempo! A su fin
el siglo oncenno tocaba
y en la atmósfera vibraba
el eco del Muhecin.

—

Triunfante la *media luna*
que nació en el Guadalete
en lo alto del minarete
sostenía la fortuna;

—

España luchaba ufana
y era por aquella edad,
musulmana la mitad
y la otra mitad cristiana.

Alfonso, (1) rey desgraciado,
del cual se puede afirmar
que apenas llegó á reinar
cuando se vió destronado.

Logró tras de lucha fiera
sujetar bajo su emporio
el extenso territorio
que en ley le correspondiera,

Nombrando á D. Pedro Ansur
(Conde de feliz memoria
á quien señala la historia
descendiente de un astur).

(1) Alfonso VI.

Por su valor en la lid
y su indiscutible honor,
único dueño y señor
del territorio de *Olid*.

—

Que dos casas á la par
tenian supeditado:
la de Reoyo por un lado,
por otro la de Tovar.

—

Aqui la historia acabó
y el cuento comienza aqui;
¡Niño era cuando la oí
y jamás se me olvidó!

II

ERA el hijo de Tovar,
según me contaron dél,
el más apuesto doncel
que os pudiérais figurar.

Rubio, de cuerpo gentil
y tan fuerte complexión,
que llamaba la atención
por su aspecto varonil.

Envidiables caracteres
que, unidos á su valor,
le hicieron de hombres terror
y ensueño de las mujeres.

—

No le iba el de Reoyo en zaga
garrido como él y apuesto
en favor de Alfonso VI
su cuerpo aprestó y su daga.

—

Mas su genio desabrido
y su orgullo inusitado
le hicieron de ellas odiado
y de ellos aborrecido.

—

Circunstancia por la cual
aunque no lo parecía
hacia el de Tovar tenía
Reoyo un odio mortal.

—

Dios que desde las alturas
con su divino poder
puede el destino saber
de todas las criaturas,

Más de una vez la intención
por la envidia generada,
pudo sorprender grabada
de Reoyo en el corazón.

Pero hay un algo ideal,
que sobre el mundo gravita;
algo que el designio evita
de la mano criminal.

Una fuerza, un no se qué,
casualidad ó destino,
que halla el hombre en su camino
en lo cual yo tengo fé.

Algo que rige el humano
poder... Mas no divaguemos
y el cuento continuemos;
al grano, vamos al grano.

III

AL otro lado del río
y en la cresta de una loma
como una blanca paloma
se elevaba un caserío.

—

Retiro de un labrador
soldado de tiempo viejo
que librara su pellejo
con fortuna y con honor.

—

Alegraba aquel hogar
asilo de la virtud
con su hermosa juventud
y su conducta ejemplar,

Una muchacha preciosa,
angelical, que nació
de un beso que el viento dió
en el cáliz de una rosa.

Un ángel que en raudo vuelo,
coronado de arrebol
entre los rayos del sol
bajó un día desde el cielo.

Flor se llamaba y no mal
cuadraba el nombre á la hermosa,
pues parecía una rosa
arrancada de un rosal.

Evocación sorprendente
de esas misteriosas hadas
que tenían sus moradas
en el raudal de una fuente.

Cierto día el de Tovar
viola y de ella se prendó
y la ocasión procuró
de poderla enamorar.

Dulce, inocente y sencilla
al de Tovar llegó á ver
y en amor su pecho arder
sintió la hermosa chiquilla.

De su alma en el limpio espejo
ya no brilla su candor;
para el joven todo amor
¡qué frialdad para el viejo!

Ya en la lucha que se traba
vencida está su pureza;
más puede ilusión que empieza
que amor de padre que acaba!

—

Angel bello que de ignotas
regiones bajaste al suelo,
ya no tenderás el vuelo
pues tienes las alas rotas.

—

Viejo que allá en el oriente
de tu vida, en cruda guerra
mostraste el valor que encierra
el corazón de un valiente.

—

Dá al olvido la ilusión
de que siempre vencerás,
pues nunca vencer podrás
el fuego de una pasión.

—

Dios que en tu sumo poder
dás á los ángeles vida
¿de qué sirven, si enseguida
los mira el mundo caer?

Ya que en aqueste destierro
cede á tu grandeza todo,
pon á los cuerpos de lodo
los corazones de hierro.

Imprimelos el valor
propio de las almas puras
y serán las criaturas
dignas de su creador.

IV

CUÁNTAS veces al fulgor
de la luna misteriosa,
al río bajó la hermosa
en demanda de su amor!

—

Cuanto otras impaciente
por no hallar á su doncél
ha preguntado por él
del Pisuerga á la corriente.

—

Y al ver el río cruzar
sin dar tregua á su quebranto
á sus ojos subió el llanto
y lloró... ¡triste llorar!

Otras en una barquilla
Tovar el río cruzaba
mientras ella le esperaba
impaciente en la otra orilla;

Y ya juntos, y anhelantes
amor con su fuerte lazo
ha fundido en un abrazo
dos corazones amantes.

¡Amor! soñado embeleso,
abrasadora pasión
que nace en el corazón
y toma forma en un beso.

Fuerte lucha, horrible feria
en que tras rudo combate
ó el espíritu se abate
ó se abate la materia.

Amor que si es ideal
y en el corazón radica
lo corona y dignifica
el lazo matrimonial.

Mas si la materia impera
y el lúbrico sensualismo
trueca en bárbaro egoismo
lo que ser santo debiera.

Y convierte á la mujer
en mártir de su vileza,
sin más ley que la impureza
ni más norma que el placer.

Y blasfema y desatina
y en risa vil se desvena
y se trueca en Magdalena
la que antes fué Mesalina;

Si en eso consiste todo
y otro amor no hay que sentir
morir, cien veces morir,
antes que amar de tal modo.

No el necio romanticismo
estas ideas me inspira;
no es tampoco que mi lira
pulse en alas del lirismo:

Es que siento en mi interior
algo, fácil de explicar
que no cesa de gritar
que existe, que hay otro amor.

Que en esas luchas mundanas,
fuertes como son las luchas,
Lucrecias Borgias hay muchas,
mas también las hay romanas.

—

Frente á la imbécil ramera
la madre excelsa y augusta;
frente á la mujer que gusta
la mujer que se venera.

—

Hogar frente á mancebía;
frente al crimen, Sacramento;
un placer, un sentimiento
majestad y villanía.

—

Amor, cariño sin par
al cual la vida se inmola,
dos almas en una sola,
amar, siempre; esto es amar.

—

Pero noto que divago
y la narración olvido;
perdonad este descuido
pues no sé lo que me hago.

V

Así seguían de Flor
los amores con Tovar
en concierto encantador:
él amando sin amar,
ella muriendo de amor.

—
Él en amores artero
fingía amor verdadero
sin más fin, ni más empresa
que saltar sobre la presa
como un lobo carnívero.

—

Ella inocente y hermosa,
ciega de amor violento,
luchaba en vano afanosa
como débil mariposa
juguete del fuerte viento.

—

Pero luchar no es vencer
y en toda lucha ha de haber
un momento de aflicción
en que no hay más solución
que sucumbir ó caer.

—

Y este esfuerzo de Titán
rara vez logra su plan
en una empresa amorosa
si es la que lucha una hermosa
y el que la cerca un galán.

—

La salvación solamente
en este conflicto humano
de un dilema está pendiente:
ó el enemigo es decente
ó el enemigo es villano.

—

Cuando llega á acontecer
este momento sublime
en que duda la mujer
el vil la deja caer,
el honrado la redime.

—

De la virgen conducida
á situación tan forzosa
en el curso de la vida,
el vil hace una querida,
el honrado hace una esposa.

—

El de Tovar, gran señor
de esclarecido linaje
rico en bienes y en honor,
consideraba un ultraje
su casamiento con Flor.

Inocente criatura
sin más bien, ni más ventura,
ni más timbres de nobleza
que un escudo de pureza
y un tesoro de hermosura.

Así es que todo su celo,
toda su pasión fingida
no tenían más anhelo
que hundir a un ángel del cielo
en el fango de la vida.

Viejo era el padre de Flor
y á tal amorío extraño,
que á tener ojo avizor,
viejo y todo, al seductor
pidiera cuenta del daño.

VI

ERA una de esas noches
raras de Enero,
deshecha en aguacero
de modo tal
que cada gota de agua
que el suelo azota,
salta en pedazos rota
como el cristal.

A lo lejos, del trueno
se oye el ruido
como el fuerte bramido
de algún león
y el relámpago á intervalos
allá en la altura
de aquella noche oscura
rasga el crespón.

El aire poco á poco
sigue en aumento
y pronto lo que es viento
ciclón será
y cuanto en su carrera
surja delante
como ariete gigante
destrozará.

Del Pisuerga sereno,
ya la corriente
corre con sorprendente
velocidad,
y en su cauce oprimida
rugiendo avanza,
temiendo que la alcanza
la tempestad.

Valladolid en tanto
yace desierto
de la noche cubierto
por el capuz,
mientras que en el espacio
como un vigia
se levanta una torre triste y sombría
con una cruz.

La tempestad arrecia:
por callejón sombrío
que vá derecho al río,
venciendo el huracán,
sin miedo á la tormenta,
sin miedo al aguacero
camina muy ligero
incógnito galán.

—

Alguna idea extraña
circula por su mente;
quizás algo presente,
algo teme quizás,
porque de vez en cuando
con suma ligereza
se vuelve su cabeza
mirando hacia detrás.

—

¿Será que alguien le sigue?
¿será que un enemigo
busca en la sombra abrigo
para su vil traición?
Si al cielo nunca mira
¿qué causa extraña al cielo
fomenta así el recelo
en su imaginación?

De pronto entre la sombra
como fantasma vano
avanza un ser humano
derecho hácia el que vá;
y ya á corta distancia
dice con voz sonora:
deténgase en buen hora
ó de ahí no pasará.

—Pardiez que te esperaba.

—Lo sé y aqui me tienes.

—Y pláceme que vienes
dispuesto á pelear;
que yo de los Reoyos
jamás pensé un momento
que un noble sentimiento
pudieran abrigar.

—

—Por tanta altanería
pasar, sería mengua.

—Jamás tembló mi lengua;
jamás supe mentir.

—Palabras lleva el viento.
Veremos si en la lucha,
como en hablar, es mucha
tu fuerza en resistir.

—

—Cualquier momento es tarde,
del río á la corriente
tal vez clama impaciente
por mi tardanza, Flor.

—Que os escusais presumo.....

—Jamás tregua pidiera
que miedo alguien creyera
lo que es tan solo amor.

—

En guardia los rivales,
desnudos los aceros
á pelear, ligeros
los dos prestos están.
Y pasan dos minutos
que un siglo les parece
y la tormenta crece
y aumenta el huracán.

—

Chocan las hojas
los dos se embisten
y se resisten
también los dos
y allá en la altura
retumba el trueno
y vá en su seno
la voz de Dios.

—

Llega al punto
á nuestro oído
un quejido
de dolor
y Reoyo
cae á un lado
traspasado
el corazón.

—

—¡Suerte ingrata!

Fué ligero...

.

Yo... me... muero...

¡No hay piedad!

¡Sangre!... ¡Horror!

¡Estoy herido!

¡Él ha sido!...

¡Él!... ¡Caridad!...

—

Pronto...

muerto...

yerto...

soy...

¿Quién?...

Mirar...

Espirar...

Voy...

—

El...
yo...
no...
ví...
¡Dios!...
¡Fé!...
que...
fui...

Dijo Reoyo y calló
á impulso de la agonía
mientras Tovar requería
la espada con que le hirió.

Después... solo quedó ya
un relámpago que vaga,
una vida que se apaga
y una sombra que se vá.

VII

SIGAMOS á la sombra en su carrera;
crucemos la distancia que separa
Valladolid del rio; en su ladera
el de Tovar atónito se para;
mira atrás cual si el muerto le siguiera
y á vadear el rio se prepara;...
¡empresa vana, necio desvario,
el río es un torrente, no es un río!

La barca en cuya débil armadura
tantas veces ganó la opuesta orilla
para admirar de Flor la imagen pura,
destrozado el timón, rota la quilla
busca en la arena digna sepultura
donde enterrar su tablazón sencilla
y causa al corazón pena y respeto
el contemplar su frágil esqueleto.

¡Oh rãbia! Del Pisuerga al otro lado
impaciente tal vez por su tardanza
gime Flor con el pecho acongojado,
maldiciendo la noche, pues no alcanza
à ver entre las sombras à su amado.
Muerta la fé, perdida la esperanza
y ardiendo en celos duda y se exaspera.
¿Se habrá ahogado tal vez? ¡Dios no lo quiera!

¿Qué es la vida sin él? Triste desierto
virgen de todo amor, de dicha alguna.
Morir con él si el desgraciado ha muerto;
si no ha muerto, correr igual fortuna...
De Flor el corazón casi inesperto
así sentía; sin hallar ninguna
causa que su dolor calmara un poco,
mientras Tovar se revolvía loco.

¿Qué hacer? ¿Cruzar á nado? ¡Vana empresa!
¿Quién el poder de la corriente abate
que arrastrará su cuerpo cual pavesa
que lleva el viento? ¡Singular combate
que el más fuerte valor no contrapesa!
¿Y no es vergüenza que el poder acate
de un riachuelo que le dá la gana
de ser rey de la noche á la mañana?

¿El, un Tovar, que nunca fué vencido,
de tal bravura y tan potente brazo
que, si el mundo le acosa, foragido
estrangulara al mundo en un abrazo?
¿El, un Tovar, retroceder rendido
y caer como un misero en el lazo?
Antes sórbase el río que tal sea;
antes morir que huir de la pelea.

—

¿El, que hace poco en pugilato fiero
la envidia de Reoyo contenida
por tantos años, sujetó á su acero,
que en un instante le arrancó la vida,
retroceder? Jamás, gritó altanero
halló en mi pecho la humildad cabida;
y el eco de su voz clara y potente
trasmitió entre sus ondas la corriente.

—

¿Dónde cielos estáis, que así inhumanos
del Dios que os rige me mostráis las iras?
Si al alcance estuviérais de mis manos
vuestro azulado velo hiciera giras;
cruzara vuestros reinos soberanos,
zahurdas de visiones y mentiras
y al mismo Dios si existe y no es quimera
cuenta del mal que me causáis pidiera.

—

Mas... ¿qué digo? Jamás soñó mi mente
tales lucubraciones: tal desvío
¿Existe Dios? Que mande de repente
un rayo sobre mí. Tembló el vacío
un trueno retumbó largo y potente,
un rayo dibujose sobre el río;
vaciló el de Tovar y cayó al suelo
revolviendo sus ojos contra el cielo.

—

Más pronto se repuso. Por mi amada,
dijo, que haceis de vuestra fuerza alarde
y teneis de reir razón sobrada
pues á fé que cumpli cual un cobarde
temblando cuando no pasome nada.
Y pues que ya de arrepentirme es tarde
os juro por quien soy que antes muriera
que al Dios del cielo protección pidiera.

—

Puesto que pruebas de existir hais dado
y ya negar vuestra grandeza es necio,
antes que darme á ti, dóime al pecado:
¡Dios soberano! ¡Cielos! Yo os desprecio.
¡Satán! Ven en mi ayuda; un renegado
reclama tu poder á tan buen precio
que mi conciencia, cuanto soy y ansio
lo depongo desde hoy á tu albedrio.

—

Condúceme á los brazos de mi amada,
que yo la vea, que su faz admire,
que de su linda boca perfumada
el dulce aliento embriagador respire;
que bese su mejilla sonrosada
y que en sus ojos sin igual me mire.
Que sea mia, ¡mia! y te prometo
á tu yugo Satán vivir sujeto.

—

Cuenta la narración, yo no lo creo,
que del Pisuerga en el momento mismo
(y vuélvote á decir que es devaneo)
entre las aguas se formó un abismo
y Satanás apareció ¡muy feo!
¡con rabo! cual le pintan ahora mismo
entre llamas de olores azufrados,
seguido de diablejos encarnados.

—

Misérrimo mortal, Satán repuso,
que así mi auxilio y mi poder requieres:
pues que tu buen acierto lo dispuso
á complacerte voy seas quien fueres,
que yo del hombre la amistad no excuso,
aunque me trato más con las mujeres
y pues que en Flor cifraba tus ideas
yo un puente forjaré porque la veas.

Dijo y desapareció, tras sí dejando
un olor azufrado y pestilente
que se fué poco á poco disipando.
Volvió á tomar su curso la corriente
y Tovar se quedó como dudando
si todo es cierto ó lo forjó su mente,
y en tanto la tormenta se cernía
cada vez más potente y más bravia.

.
.

Ignoro como fuera. Hay quien perjura
que surgió de repente de la nada.
Entre otros corre como más segura
una versión que paso de callada
porque nadie fielmente la depura
ni dá del caso explicación sobrada.
Lo cierto es que el Pisuerga alborotado
por el PUENTE MAYOR se vió cruzado.

Hay quien dice que en muy pocos instantes
su amazón primitiva construyeron
unos hombres fuertisimos ¡gigantes!
con un ojo en la frente y que se oyeron
los golpes desde sitios muy distantes.
Los ciclopes serian, si es que fueron,
y hasta afirman que el jefe era un enano.
Ese si que sería el Dios Vulcano.

Y hay quien para prestar más colorido
á estas lucubraciones infernales,
dice que de un castillo derruido
que embrujado quedó por hechos tales,
siendo de buhos y lechuzas nido,
traian los demonios materiales
y en calderas hacian la argamasa...
¿Serán las de Botero? Esa no pasa.

—

Así que el de Tovar vió el puente armado
lo atravesó en carrera inusitada,
encontrándose al punto al otro lado,
no sin antes lanzar una mirada
de desprecio al Pisuerga que humillado
al ver su fuerza por Satán burlada,
pasaba su corriente cristalina
por debajo de aquella *borca caudina*.

—

Tovar de pena y de dolor transido
cruzaba como un loco la ladera
sin encontrar á Flor. ¿No habrá venido?
¿Será tal vez, pensó que no me quiera
y nuestro amor pasado dé al olvido?
¿Por qué como otras veces no me espera?
Y en mil dudas se abisma y en su anhelo
se revuelve de nuevo contra el cielo.

—
A la luz de un relámpago, seguida
de un trueno aterrador, Tovar alcanza
á ver á Flor casi á sus pies tendida.
Reprime un grito de dolor y avanza.
¡Qué hermosa! ¡Si parece estar dormida!
y cual si le quedara una esperanza
dice, dándola un beso: Flor despierta...

.
¡Horrible maldición! ¡Estaba muerta!

Preso Tovar de loco paroxismo
la llama una y mil veces, clama al cielo,
se revuelve febril contra sí mismo,
se arrastra como un aspid por el suelo
y busca de la noche en el abismo
á su tortura y su aflicción consuelo;
solo el trueno responde á su agonía,
y el eco de su voz muere en la umbría.

—

¿Quién la ha muerto, pensó, si su hermosura
la muerte no ofendió, si hasta su pecho
parece respirar? ¡Si era tan pura!
y al ver su brazo mórbido derecho
cruzado por terrible quemadura
¡El rayo! ¡gritó! ¡el rayo! Yo lo he hecho
por clamar contra el cielo soberano...
Perdona, amada Flor, soy un villano.

—

Muerta... muerta... ¡infeliz! Yo que creía
que era también de Satanás mi amada
y á cambio de mi fé me la daría...
¡Era una virgen á su Dios robada
y su Dios la rescata ¡No era mia!
Dijo y soltó una horrible carcajada
cayendo de rodillas poco á poco.
Desgraciado Tovar ¡Estaba loco!



[Large, faint, illegible title or heading.]

[Several paragraphs of very faint, illegible text, likely the main body of the document.]



EPÍLOGO.

I

ALLÁ entre los montes
de Sierra Morena
donde los peñascos se elevan gigantes
y á las nubes besan
y en donde al espino y á la añosa zarza
los une la yedra
y el arroyo al mirar cual se abrazan
murmura y se aleja;
donde el águila tiende su vuelo
y descansa en su nido de piedra,
donde el viento se rasga en las rocas
y prorrumpe en suspiros y quejas

donde todo es hermoso y es grande,
donde nadie llega,
ignorada del mundo, la choza
de un anacoreta,
se encuentra escondida
cual si, humilde, tuviese vergüenza
de alzarse tan pobre
entre aquellos gigantes de piedra.
Allí recogido
como el ave en su nido se alberga,
vive un santo varón dedicado
desde larga fecha
á la práctica santa y segura
de la penitencia,
con la mente clavada en el cielo
y la vista clavada en la tierra.
Tiene fama de santo y por santo
todos le veneran
los chicos le adoran
le quieren las viejas
y ¡es un santo! repiten á voces
y el eco en la sierra
¡es un santo! repite mil veces

al chocar con las rocas escuetas.
Cuando algunos momentos que libres
la oración y el cilicio le dejan
abandona su triste retiro
y alegre desciende la empinada cuesta
y se hunde en el llano
como el sol al morir su carrera,
á su encuentro salen
los colonos de aquellas aldeas
y ¡ya viene! gritan los muchachos
y ¡ya baja! repiten las viejas
y al llegar á su lado, gozosos
le abrazan, le besan
y él, los ojos cubiertos de lágrimas
que surcan veloces su faz cadavérica,
les bendice una, cien y mil veces
y á Dios dá las gracias por tanta grandeza.
Y no hay casa en aquellos contornos,
por pobre que sea,
donde el padre Tovar, que así llaman
al anacoreta,
pida en nombre de Dios la limosna
con la cual sostiene su triste existencia,

donde al punto no le abran los dueños
las cerradas puertas
y de todo lo más escogido
gustosos le ofrezcan.
Si en alguna familia hay disgustos
y á su oído llegan
baja el padre Tovar en dos saltos
cual si en brazos de un ángel viniera
y todo se acaba
y todo se arregla
y el buen padre sube tan contento
por la abrupta Sierra,
donde crece el tomillo oloroso,
diciendo allá dentro para su conciencia
son muy buenos y pecan los pobres
sin saber que pecan.

II

.

HAN pasado treinta años; he vuelto
por Sierra Morena
y aun la choza entre aquellos peñascos
humilde se eleva;
pero el padre Tovar hace un año
que bajó á la tierra,
y la gente de aquellos contornos
muy triste recuerda
que al morir el buen padre decía:
¡Me marchó con ella!

FIN.



